NOTAS SOBRE EL BEATO PEDRO DE BETANCUR

POR

LEOPOLDO DE LA ROSA

En el pasado año 1980 Su Santidad el Papa Juan Pablo II benificó a dos hijos de las islas Canarias, los primeros nacidos en este archipiélago que han llegado a los altares: el culto jesuita padre José de Anchieta, que por su labor misional mereció ser llamado Apóstol del Brasil y el humanitario franciscano Hermano Pedro de San José Betancur, el fundador de la Orden de los Betlemitas. Dos personalidades distintas, ambas revestidas de excelsas virtudes, cuyo reconocimiento en tal elevado grado por el Sumo Pontífice no puede por menos de constituir una profunda satisfacción para los que hemos nacido en las islas.

Esta satisfacción ha hecho que sintamos, al tiempo, una lógica curiosidad por la vida y las obras de ambos. Las del P. Anchieta son mejor conocidas, la bibliografía sobre su persona es abundantísima y continúa incrementándose. Del Hermano Pedro, si bien su labor educativa y humanitaria en Guatemala ha sido objeto de numerosos estudios, sobre su familia, su juventud y el ambiente en que le tocó vivir en Tenerife quedan aún incógnitas por desvelar. Ya en las *Animadversiones* del proceso instruido en Roma en el siglo XVIII el promotor indicó que la infancia del Siervo de Dios estaba envuelta en las tinieblas y los testigos sólo habían proporcionado detalles insuficientes para el objeto que se perseguía [1].

[1] Utilizamos los datos del proceso de beatificación que publicó el Dr. ALEJANDRO CIORANESCU con el título *El proceso de canonización del Beato Pedro de Béthencourt*, en «Revista de Historia Canaria», Universidad de La Laguna, Faculta de Filosofía y Letras, n.º 135-136, julio-diciembre de 1961, págs. 374-391.

Nada más lejos de nuestras posibilidades que el poder llenar tal vacío, sólo podemos pretender aclarar algunos extremos. Ya en el IV Coloquio de Historia Canario-Americana, que tuvo lugar en Las Palmas de Gran Canaria en el 1980, leímos una comunicación sobre el tema, que ahora vamos a ampliar y precisar en algunos puntos.

La familia del Hermano Pedro

Está probada la ascendencia paterna, por el apellido Betancur, del Hermano Pedro hasta sus tatarabuelos, Juan de Betancur y Catalina Delgado, vecinos de la isla de Tenerife, en Adeje, en el primer tercio del siglo XVI. Los documentos que de este matrimonio conocemos nada dicen de dónde hubieran nacido ni de la isla que procedieran al establecerse en Tenerife, pero no resulta aventurado suponer que habían pasado desde alguna de las más orientales: Lanzarote o Fuerteventura, probablemente de la primera de éstas, ya que está probado que los Béthencourt canarios procedían de una hija de Maciot de Béthencourt, que la había habido en una indígena, la que se dice que era, a su vez, hija del rey indígena de Lanzarote [2]

La descendencia de Maciot en Canarias es mal conocida, pero el hecho es que fue numerosa y que, por lo histórico del nombre, fueron muchos los que procedían del que fue señor de Lanzarote hasta el 1448, aun cuando descendieran en más de una generación por hembra, que siguieron arrastrando el apellido de Béthencourt, en sus diversas variantes de Betancor, Betancur, Betancourt, etc. Es cierto también que algunos indígenas tomaron el apellido de su señor o de quien lo apadrinara y no debe descartarse que así ocurriera con algún Béthencourt [3].

---

[2] Sobre la familia Béthencourt, Leopoldo de la Rosa, *Los Béthencourt en las Canarias y en América*, en «Anuario de Estudios Atlánticos», Madrid-Las Palmas, núm. 2, 1956.

[3] Tal es el caso de Alonso de Salazar, «natural», casado con Sancha de Betancur y de su hija Catalina de Betancur. Testamento de Alonso, ante Alonso Gutiérrez, el 23 octubre 1524 *(Protocolos de Alonso Gutiérrez, 1522-1525*, M. I. Coello, M. Rodríguez y A. Parrilla, Aula de Cultura de Tenerife e Instituto de Estudios Canarios, 1980, núm. 1818).

Ahora bien, los escribanos de la isla de Tenerife, al menos hasta mediados del siglo XVI y aun después, cuando comparecía a otorgar un documento algún indígena hacían constar su naturaleza: «guanche», «natural», «canario», «gomero», etc.[4], y en los que conocemos de Juan de Betancurt, el tatarabuelo del nuevo Beato, el más antiguo de 1536, sólo dice que era «vecino de Tenerife, en Adexe». Tampoco hay indicación de que fuera indígena, ni él ni su mujer, en documentos posteriores que se refieren a los mismos.

Esta circunstancia nos induce a pensar que el citado Juan de Betancur no era indígena, aun cuando es seguro que los había entre sus ascendientes, y que descendía por alguna de sus ramas de Maciot de Béthencourt.

Tal era el concepto en que era tenida la familia del Hermano Pedro por los testigos que declararon en Tenerife, en el 1700, en el proceso que se instruía para solicitar de la Santa Sede la apertura del de beatificación. Entre ellos el predicador agustino fray Lázaro García, de setenta años, declaró que conocía desde su infancia al Hermano Pedro, a sus padres y a sus hermanos, y que sus padres «habían sido cristianos viejos y descendientes de gente muy calificada», y en Guatemala el trinitario Ignacio de la Santísima Concepción, fantaseando ya, añade a los testigos de Tenerife que el nuevo Beato era «de padres hidalgos y cristianos viejos, descendiente de la casa real de Francia».

Vamos a analizar ahora el contenido de los documentos de los ascendientes de Pedro de Betancur, con el fin de intentar llegar a conocer cuál fuera su situación social y económica.

Ya hemos dicho que Juan de Betancur, el tatarabuelo del Hermano Pedro, otorgó una escritura en el 1536. En efecto, en La Laguna, el 21 de octubre de dicho año, a la muerte de su mujer, Catalina Delgado, y con poder de ésta, según afirma, dispone sus últimas voluntades[5]. Declara que era, como ya he-

[4] La condición de «natural» se hizo constar por los escribanos de Vilaflor hasta bien entrado el siglo XVII. Vid. *Indices de los protocolos pertenecientes a la escribanía de Vilaflor*. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1968.

[5] Archivo Histórico Provincial de Tenerife, AHP., leg. núm. 205, del escribano Bartolomé Joven, fol. 488.

mos dicho, «vecino de Tenerife, en Adexe», que su mujer había dejado 500 cabras de vientre, una yunta de bueyes, un esclavo morisco de veinte años, una bestia mular, 40 fanegas de cebada, 7 de trigo y 30 colmenas. No era, ni mucho menos, una riqueza, pero era algo para aquella modesta sociedad, e instituía herederos a sus hijos, a los que da los siguientes nombres: Andrés López, Francisca Bermúdez, Catalina, María y Ana.

Juan de Betancur se volvió a casar, con Francisca Guerra, e hizo un viaje a la Península, no sabemos con qué motivo. El caso es que en San Pedro de Daute, el 3 de julio de 1539 [6], antes de cumplirse los tres años de haber otorgado testamento en nombre de su primera mujer, su yerno, Pedro de la Sierra, comparece ante escribano y dice que «Juan de Betancur es ido en España e porque no se espera que vendrá tan pronto» y han de arrendarse unas cabras que pertenecían a sus cuñadas, aún menores de edad y de las que se había hecho partición con Francisca Guerra, segunda mujer de Juan de Betancur, por el perjuicio que de no hacerlo se acarrearía a dichas menores, da en arrendamiento 71 «cabrillas» que les habían correspondido. En este documento se dan los siguientes nombres a los hijos de Juan de Betancur y Catalina Delgado: Andrés de Betancur (en el testamento se le apellida López), Francisca de Betancur, casada con el otorgante Pedro de la Sierra (en el anterior documento llamada Francisca Bermúdez); Catalina Delgado (sin duda la que luego se apellidaría de Betancur), María y Ana, que eran las entonces menores de edad.

Repetimos, ni en este documento ni en el anterior se menciona la naturaleza, filiación ni origen de Juan de Betancourt y de Catalina Delgado.

Veamos ahora lo que hemos podido averiguar de los hijos de dicho matrimonio.

Posiblemente el mayor, Andrés de Betancur, era el de este nombre, alcalde de Adeje en el 1558 [7], que no sabemos con quien casó, pero que no parece aventurado identificar con el de tal

---

[6] AHP., leg. 2202, del escribano Antón Martín, fol. 346.

[7] Archivo Histórico Municipal de La Laguna, reg. de escrituras ante Juan de Azoca, fol. 1333.

nombre, padre de otro Juan de Betancur que casó con Catalina Pérez, a la que su madre, Margarita González, viuda, otorgó escritura de entrega de dote prometida, el 8 de agosto de 1580 [8], de 400 doblas, en la que declara que Juan era hijo de Andrés de Betancur. Catalina Pérez era hija de Andrés de Llerena, nieto por su madre del último mencey de Adexe, y de la citada Margarita González.

Juan de Betancour y Catalina Pérez vivieron en Tijoco, y tenemos noticia de dos de sus hijos: María de Betancur, casada con Bartolomé Francisco, sastre, el que en su testamento, otorgado en Garachico el 13 de abril de 1606 [9], declara que era primo de Francisco Melián, hijo de Francisco Enríquez Melián, alguacil, y Matías de Betancur, vecino de Garachico, que vendió la herencia de sus padres, así como un altar de San Juan Bautista, con asiento, arrimo y sepultura, que había heredado de los mismos [10]. La posesión por sus padres de dicho altar y derechos prueban que la situación social y económica de éstos debió ser relativamente desahogada.

La segunda de las hijas de Juan de Betancour y Catalina Delgado, Francisca Bermúdez, luego apellidada Betancur, se casó, como se ha dicho, con Pedro de la Sierra, que firmó el documento de 1539 y era hijo de Antón de la Sierra, conquistador de Tenerife, que tuvo repartimiento de tierras en Acentejo en el 1498 y era indígena de Gran Canaria [11], y de su mujer, María González, igualmente «canaria».

De las dos hijas menores de Juan de Betancur y Catalina Delgado, que se llamaron María y Ana, no tenemos otra noticia, y nos resta por hablar de Catalina Delgado, más tarde llamada Catalina de Betancur.

Catalina de Betancur casó con Pedro González, del que sólo sabemos su nombre, si bien hay que hacer constar que cuando

---

[8] AHP., registro núm. 2070, de Gaspar de Xexas, fol. 51.

[9] AHP., registro núm. 2259, de Alvaro de Quiñones, fol. 137.

[10] Registro núm. 6 del escribano de Vilaflor Andrés Hernández Pinto, perdido, correspondiente a los años 1636-1639, fols. 212 y 213 v. Vid. *Indices*... cit., pág. 15.

[11] E. SERRA RÁFOLS, *Las datas de Tenerife*. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1978, núms. 447, 656, 906, 924.

su mujer otorgó testamento no dice que fuese «natural». La única noticia que podemos añadir es que el dominico fray Francisco González, cuando declaró en Guatemala en el proceso de beatificación del Hermano Pedro afirma que había vivido en La Habana desde el 1716 al 1734 y que conocía la vida del nuevo Beato, «por ser pariente en cuarto grado del Siervo de Dios, por línea de varón, por ser mi abuelo paterno natural de Tenerife, patria del mismo Siervo de Dios».

Catalina de Betancur, viuda ya de Pedro González, otorgó testamento en Garachico el 7 de septiembre de 1588 [12], por el que dispuso su entierro en la iglesia del convento franciscano de aquel lugar, en la sepultura que era de su hija Catalina Delgado, a la que según declara había dotado cuando contrajo matrimonio; ordena la venta de seis fanegas de tierra que poseía en Xama, para destinar su producto a sufragios por su alma, e instituye herederos a sus hijos: Catalina Delgado, Domingo González, Juan de Betancur y Pedro González, del primero de los cuales no tenemos más noticia. Juan de Betancur sería el abuelo paterno del nuevo beato; Pedro González, «vecino de las partes de Daute y oficial de labrar açúcar», vendió a su hermano Juan de Betancur las tierras que había heredado de sus padres en Xama, por escritura que otorgó en San Pedro de Daute el 7 de septiembre de 1571 [13]. En este documento, Juan de Betancur declara que ya al comprar la parte de su hermano Pedro había adquirido las que le habían correspondido a sus hermanas, la citada Catalina Delgado, casada con el portugués Jorge Pestana, y María de Betancur, mujer de Baltasar Correa, ante el escribano de Santa Cruz Simón de Azoca.

Es de observar que once años después de que fuera otorgada aquella escritura de compraventa, cuando Catalina Delgado otorgó su testamento, no cita entre sus hijos a María de Betancur, de la que tampoco dice la hubiera heredado, como así lo hace constar respecto a otra hija suya, Inés, de lo que hay que deducir que María también había fallecido con anterioridad, dejando herederos.

---

[12] AHP. reg. núm. 2037, de Benito de Ortega, fol. 922.

[13] AHP., reg. núm. 2246, ante Alvaro de Quiñones, fol. 590.

Juan de Betancur, «vecino de Daute y maestro de açúcar», según aquella citada escritura de compraventa, contrajo matrimonio en la iglesia parroquial de San Pedro de Vilaflor el 18 de septiembre de 1583 [14] con Catalina Rodríguez, de la que conocemos el nombre de su padre, Amador González, pero no el de su madre, y lo sabemos por escritura que Juan de Betancur otorgó en Garachico el 16 de marzo de 1586, por la que declara que se hacía cargo de una deuda que su suegro, el citado Amador González, tenía con el mercader de Garachico Francisco de la Guarda, por la cantidad de 13.676 maravedís de la moneda de Canarias, que la había reconocido ante el escribano Pedro de Urbina [15].

Tenemos noticia de tres de los hijos que pudieron tener Juan de Betancur y Catalina Rodríguez, por una escritura que otorgaron en Vilaflor en el 1619 [16]. Se llamaron Juan de Betancur, Marina de Betancur y Amador González. De los dos primeros nada más sabemos y Amador González sería el padre del Hermano Pedro.

Este Amador González, que tomó el nombre y apellido de su abuelo materno y al que los testigos del proceso tantas veces citado, instruido en Tenerife en el 1700, llaman Amador González Betancur de la Rosa, sabemos que se casó con Ana García, pero no nos consta ni el lugar ni la fecha en que contrajeron matrimonio. Ana García era hija de Antón Delgado «el Viejo» y de Ana García. Este Antón Delgado, después de enviudar, en unión de sus hijos, Gonzalo Delgado «el Mozo» y Ana García, con el marido de ésta, Amador González, otorgaron escritura en Vilaflor el 27 de agosto de 1627, en que Amador reconoce que su mujer había recibido de su madre, en ajuar de casa, un jumento y preseas y 170 reales [17].

En el nombrado proceso de 1700, el capitán Aparicio González, de setenta años, declaró que el Hermano Pedro había vi-

---

14 Libro I de matrimonios, fol. 6.

15 AHP reg. núm. 2239, ante Alvaro de Quiñones, fol. 297.

16 Según los *Indices*... cit. fue otorgada ante el escribano de Vilaflor Diego Martín de Barrios, fol. 77. El protocolo se conserva en el AHP con el núm. 3724, pero el fol. 77 se ha perdido.

17 AHP reg. núm. 3727, de Pedro de Madrid, fol. 438.

vido en una casa contigua e inmediata a la suya, cuya situación precisa el alférez Martín González, de setenta y seis años, cuando afirma que Pedro vivió con sus padres «en una casa que está detrás de la iglesia parroquial». Del nombre y apellidos que dan los testigos al padre del nuevo beato, González Betancur de la Rosa, hemos de decir que ignoramos de dónde le venía el «de la Rosa» [18].

El escultor Alonso Solís de la Paz, que declaró en Guatemala (1698-1700), decía que el Hermano Pedro visitaba a menudo al capitán Antonio Lorenzo Betancur, y que el mismo capitán le había confirmado que el Hermano era su pariente.

De su familia materna sólo podemos añadir lo que declaró en Tenerife el bachiller y beneficiado Salvador González, quien dijo que eran parientes dentro del cuarto grado del Siervo de Dios el padre visitador fray Lázaro García, el padre lector fray Salvador Díaz y el franciscano fray Pablo Díaz.

En resumen, y de las noticias que acabamos de dar, creemos que puede asegurarse que la familia del nuevo beato, tenida en su tiempo como de «cristianos viejos y descendientes de gente muy calificada», tenía una situación económica modesta, no de pobreza, cuyos ingresos como labradores habían de completar con el ejercicio de maestros u oficiales de los ingenios azucareros, muy probablemente primero del de los Ponte en Adeje, luego en el de los Soler, en Abona.

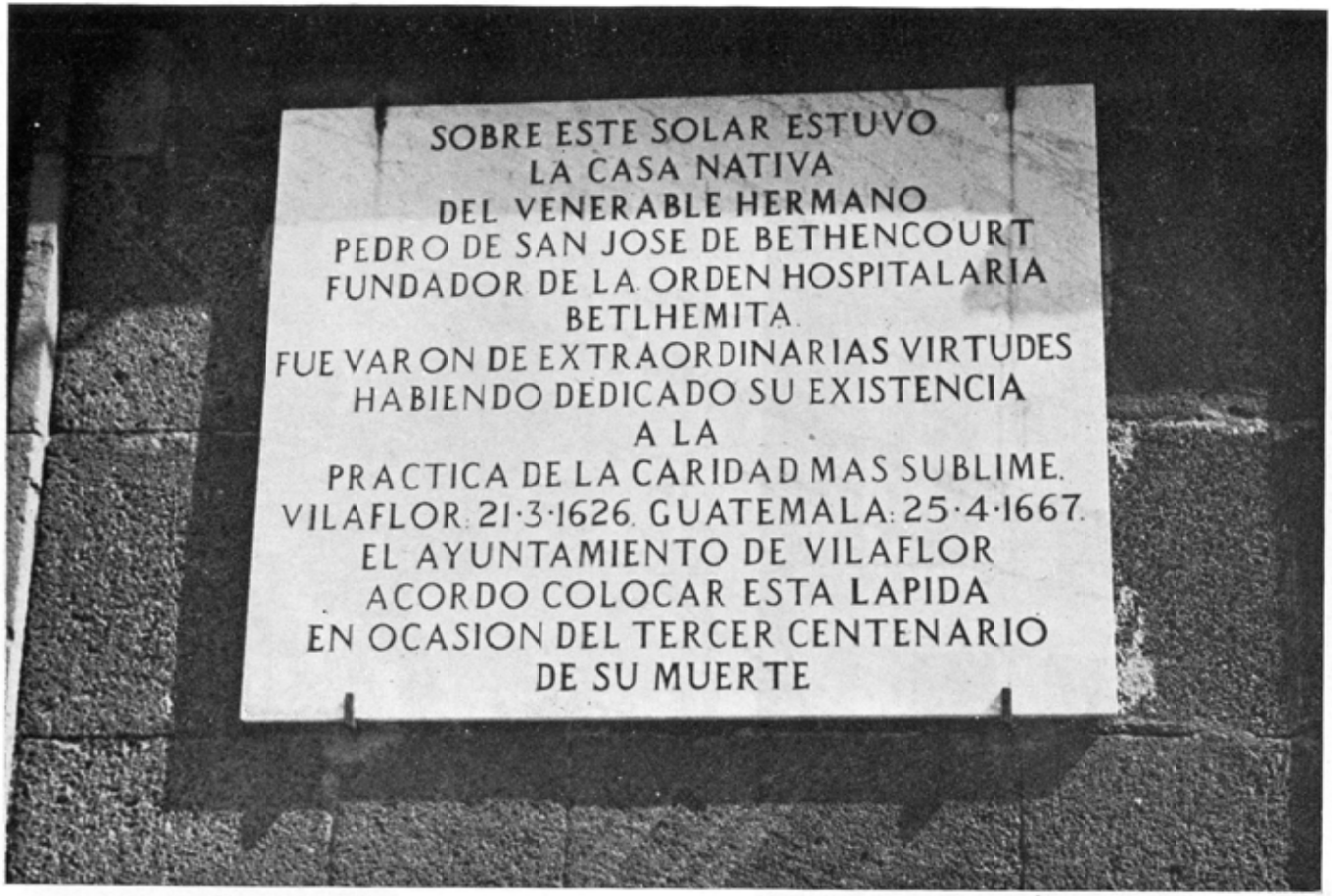
Poseerían también cierto número de cabezas de ganado menor, principalmente cabras, las que con seguridad apacentaría en momentos el joven Pedro de Betancur.

Es de presumir que la familia tendría con el paso del tiempo alternativas en su situación económica, y hay que pensar que a la muerte de Amador González, que dejaba viuda e hijos menores, empeoraría.

Según los biógrafos del Hermano Pedro, Amador González,

---

[18] Un Amador González de la Rosa otorgó escritura en Vilaflor el 1635, pero no era el padre del beato, ya que estaba casado con María Ramos, no con Ana García. *Indices...*, pág. 57. Es posible que se tratase de un pariente del padre del Hermano Pedro o que los que declararon en el 1700 confundieran los apellidos de Amador González, el marido de Ana García.



Lápida colocada en el solar de la casa en que vivió el beato Pedro. (Foto O. Cano.)

La casa de los Soler, con los pilares vueltos a levantar, después de los disturbios, en que fueron derribados. (Foto O. Cano.)

Construcción inacabada para residencia de los Betlemitas, en el solar donde estuvo la casa del beato Pedro, en las espaldas de la parroquia. (Foto O. Cano)

su padre, murió el Viernes Santo del 1646, cuando aquél tenía veinte años de edad, ya que, como es sabido, había sido bautizado, sin la menor duda, muy poco después de nacer, el 21 de marzo de 1626. Tres años después embarcaría rumbo a La Habana.

Vida de Pedro de Betancur en Tenerife

Pocas noticias dan los testigos del proceso instruido en el 1700 sobre la juventud de Pedro de Betancur antes de embarcar para el Nuevo Mundo. El bachiller Salvador González, beneficiado de la parroquial de San Antonio de Padua, en Granadilla de Abona, de setenta y ocho años, declaró que lo había tratado y que «todavía en la casa de los susodichos padres y hermanos [de Pedro de Betancourt], que está detrás de la iglesia parroquial de la dicha tierra de Chasna, se conservan algunas cruces que hacía el dicho Pedro de San José, en la cual casa se presume que había nacido». Añade que se había criado con él y que vivía en una casa cerca de la suya.

Nada dicen los testigos de tal proceso que declararon en Tenerife en el 1700 sobre las estancias de Pedro de Betancur en la cueva del baranco de El Saltadero, próximo a El Médano, de las que su biógrafo fray José García de la Concepción afirma que mientras «se entretenía en sus primeros años en cuidar un hato de ovejas de su padre, oraba en una cueva de la montaña de Rojas, donde existe un altar fabricado por él mismo en la peña» [19].

Es posible, aun cuando no tengamos pruebas, que Pedro de Betancur aprendiese a leer y escribir y doctrina cristiana con los religiosos del convento agustino de Vilaflor, que se había fundado en el año 1613 [20].

---

[19] Fray José García de la Concepción, *Historia Betlemítica. Vida exemplar y admirable del Vble. Siervo de Dios Pedro de San Joseph Betancur, fundador de el regular instituto de Bethlehen*, Sevilla, 1723, pág. 5.

[20] Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*, XVIII, 43, dice que «ha sido de nueve a diez religiosos y se quemó en mayo de 1782».

En la *Informatio* del proceso de beatificación del siglo XVIII se dice del Hermano Pedro que «habiendo padecido el Siervo de Dios una gravísima enfermedad, sin esperanza alguna de remedio, quedando totalmente impedido e inválido, se encomendó a San Mauro, de quien siempre fue muy devoto, y prometió de ir a una iglesia de este santo, que estaba en el campo, y como pudo, casi arrastrándose, fue a dicha iglesia e hizo oración y recobró una perfecta salud, regresando a casa por sus pies, con admiración de todos, y esto pasó siendo niño el Siervo de Dios, en su patria».

Hemos de preguntarnos qué iglesia de Tenerife es a la que fue en peregrinación. Fray Alonso de Espinosa, en su conocida obra *Del origen y milagros... de Nuestra Señora de Candelaria,* que publicó en 1594, dice: «Está la imagen del bienaventurado San Amaro o Mauro, que es lo mismo, en la ermita del Rosario, camino de Candelaria, que, aunque la figura no es muy hermosa, hace muchos milagros, como por los muchos brazos, pies y cuerpos que le presentan y ofrecen, de que está llena la ermita, se echa de ver.»

«Otra figura deste mismo Santo —añade— está en San Pedro de Daute, convento de frailes predicadores, muy hermosa y bien adornada, que también dicen que obra muchos milagros, a quien todas aquellas bandas tienen gran devoción.»

Núñez de la Peña, en *Conquista y antigüedades de las Islas de la Gran Canaria,* publicada en Madrid el 1676, al describir el lugar de El Rosario, dice: «está dos leguas de la Ciudad y otras dos de Candelaria, está en medio del camino, tiene una grande Ermita de Nuestra Señora del Rosario y en ella está la imagen de San Amaro, con quien se tiene mucha devoción...»

La devoción, pues, a esta imagen de San Amaro no había decaído a lo largo del siglo que va desde la fecha en que los dos historiadores publicaron sus obras.

Es cierto que se daba culto a otras en la isla, como la ya citada por Espinosa y también la que existía en la ermita de La Paz, del Puerto de la Cruz, de la que nos informa don Manuel Rodríguez Mesa, que tiene datadas la celebración de misas y procesiones desde el 1635, aunque es muy posible, añade que se remonten a fecha anterior.

Pero la de mayor devoción popular era la de El Rosario. Núñez de la Peña, cuando describe el Puerto de la Cruz, cita a la ermita de Nuestra Señora de la Paz, «de mucha devoción», pero no habla de la imagen de San Amaro.

Hemos de preguntarnos a cuál de las imágenes de este Santo fue en peregrinación el Siervo de Dios. Rodríguez Moure estimaba que a la que aún se conserva en la ermita de El Rosario [21], opinión que compartimos, pues no sólo era la más venerada, según Espinosa y Núñez de la Peña, sino que «estaba en el campo», como dice la *Informatio*, no en poblado, como el convento dominico de San Pedro de Daute y la ermita de Nuestra Señora de la Paz.

Los hermanos del nuevo beato

Fray Lázaro García, cuando declaró en Tenerife en el 1700, menciona como hermanos del Siervo de Dios a Pablo de Jesús, del que dice que murió sirviendo a los pobres en el hospital de La Orotava, en opinión de virtud y santidad; Mateo, que había pasado a Indias a los veinte y dos años, sin que se tuvieran más noticias de él; Lucía, que había casado en Garachico y había muerto en el mismo crédito de virtud y santidad que sus dos hermanos, y Catalina, también casada en Garachico.

Análogas noticias de su biógrafo fray José García de la Concepción, en su *Historia Betlemínica*, con la variante de que dice que Lucía había muerto soltera, y añade que «según informes de personas dignas de crédito», de Mateo, el que pasó al Nuevo Mundo, habían sido hijos don Jacinto de Betancur, tesorero juez oficial real de las Cajas de Quito; el doctor don Fernando de Betancur, dignidad en Popayán y canónigo en Quito, y el presbítero don Pedro de Betancur [22].

A la amabilidad de doña Pilar González Fumero, ferviente devota del Beato, debo las fechas de bautismo de los hijos de Amador González y Ana García, que las ha tomado de los libros pa-

[21] Don José Rodríguez Moure, en cuaderno manuscrito que conserva el autor de este trabajo.

[22] Op. cit., pág. 2.

rroquiales de Vilaflor: Pedro fue bautizado el 21 de marzo de 1626; Lucía, el 19 de diciembre de 1627; Juan, el 6 de abril de 1633; Pablo, el 31 de marzo de 1639, y Catalina, el 27 de julio de 1642.

No ha encontrado la de Mateo, pero sí la de su confirmación, el 14 de julio de 1630. Como faltan algunas hojas en los registros, pudiera hallarse entre las perdidas, pero, por la fecha en que fue confirmado, hace pensar en la posibilidad de que fuese el mayor de los hijos de aquel matrimonio. El que recibió en el bautismo el nombre de Juan probablemente murió en la infancia.

Los Betancur en el «Pleito de los naturales»

En otro trabajo nos hemos referido al llamado «Pleito de los naturales», del que había dado noticia el cronista oficial de San Cristóbal de La Laguna, don José Rodríguez Moure, en trabajo que publicó en el 1913 [23]. Fue o, mejor dicho, fueron los que sostuvieron descendientes de indígenas a fines del siglo XVI en defensa de la posesión y para ellos privilegio de portar procesionalmente la imagen de nuestra Señora de Candelaria, en recuerdo de haberla adorado sus antepasados antes de la conquista de la isla de Tenerife.

Entre los que otorgaron poderes en Buenavista, el 18 de marzo de 1601, para continuar los pleitos, figuran Juan de Betancur, Pablo de Betancur y Pedro Martín de Betancur. Añadíamos, y nos debemos ratificar, que ignorábamos la ascendencia indígena de los tres Betancur que lo suscriben, ya que no pensamos que lo hicieran como descendientes de la supuesta infanta indígena de Lanzarote, con quien Maciot de Béthencourt tuvo a su antepasada, ya que no era guanche, o sea, natural de Tenerife.

Lo que ahora interesa es tratar de identificar al Juan de Betancur que aparece entre los que dieron tal poder en el 1601, ya que pudiera serlo el abuelo paterno del beato Pedro o el primo hermano de su citado abuelo, también llamado Juan de Betan-

[23] Leopoldo de la Rosa, *La familia del rey Bentor*, en «Anuario de Estudios Atlánticos», Madrid-Las Palmas, 1977, núm. 23, pág. 438. Por error llamamos allí a Pedro Martín de Betancur Juan, que se debe rectificar.

cur, o un tercer Juan de Betancur, que vivía en las partes de Daute, hijo de Hernán González y Constanza Díaz Betancur y casado con María Antúnez, que otorgó una escritura de recibo de dote en 1610. Hemos de rendirnos. Hasta ahora al menos no tenemos argumento para inclinarnos por alguno de los tres: el que otorgó poder en el 1601 no sabía firmar; tampoco lo sabía el abuelo paterno del Beato.

El problema de los solares de Vilaflor

En un manuscrito de mediados del siglo XVIII, sin firma, que poseen los descendientes de la familia Soler, dueños que fueron de las tierras vinculadas de Chasna, se dice: «La enfermedad de Don Juan Soler le vino del susto en una asonada de los vecinos que le tumbaron una noche los pilares de la galería de la casa, porque siempre que un nuevo poseedor aprehendía la posesión del mayorazgo, se suscitaba un pleito sobre los solares, lo que abandonaban luego, de modo que nunca llegó a ejecutoriarse. Uno de ellos fue este Don Juan Soler, y por ello la causa de la asonada; huyeron de la casa y se refugiaron, salvando sus vidas, en la cumbre de una montaña, que hoy es conocida por la montaña de Don Cosme, porque éste y su mujer, hermana de Don Juan, se hallaban con don Juan y no volvieron más a habitar en Vilaflor, avecindándose en Garachico» [24].

El documento carece de fecha, pero no resulta demasiado difícil precisarla con cierta aproximación. El hecho de la tirada de las columnas de la casa de los Soler y de la huida de éstos tuvo necesariamente que ocurrir con posterioridad al matrimonio de doña María Soler con don Cosme Carreño, que tuvo lugar en el 1655, pero seguramente también se había planteado el problema a la muerte, en el 1643, del capitán Juan Soler, abuelo de doña María y primer poseedor de la vinculación, que había instituido su padre, el capitán Pedro Soler, en el 1602 [25].

[24] Leopoldo de la Rosa, *Un chasnero corregidor en Venezuela*, conferencia en el Instituto de Estudios Canarios, el 13 de marzo de 1963, recogida en *El siglo de la conquista*, «Aula de Cultura» de la Mancomunidad Provincial Interinsular de Santa Cruz de Tenerife, 1978, pág. 247.

[25] *Nobiliario de Canarias*, edición J. Régulo, vol. IV, pág. 683.

Como Pedro de Betancur embarcó rumbo a La Habana en 1649, no pudo presenciar los hechos que motivaron la huida a los montes de don Juan Soler, don Cosme Carreño y su mujer, pero sí los que, probablemente menos graves, tuvieron lugar a la muerte del abuelo de doña María en el 1643.

El problema se había planteado por la imprecisión de la data de repartimiento de las aguas y tierras de Chasna, que se remontaba al 1504, fecha en la que el primer Adelantado dio «el río de Chasna, que es en el reino de Abona y la tierra que se pudiere aprovechar de riego...» [26].

Con seguridad en un primer momento los Soler fueron los interesados en que se establecieran vecinos en Chasna, pues los precisaban para los trabajos agrícolas y los de su ingenio azucarero, pero más tarde, al considerarse propietarios de todas las tierras, incluyendo los solares, pretenderían cobrar censos sobre los mismos y el conflicto se planteó.

¿Cuál fue la actitud de Amador González de Betancur, que tenía su casa en Vilaflor, así como la de su hijo, ante la reclamación de los Soler en el 1643? Hay que pensar que, aunque estuvieran relacionados con los Soler, el pagar un censo por los solares en los que con sacrificios habían levantado sus casas le resultaría doloroso, y el joven Pedro de Betancur en su fondo hubo de sentirse al lado de los afectados. Hemos de confesar que no pasa de una mera conjertura, pero si así ocurrió, el hecho pudo haber influido en su actitud futura al lado de los más humildes.

Pedro de Betancur y el minorita fray Luis de San José

La doctora Ana María Ruiz de Villarías, en una comunicación que presentó en el II Coloquio de Historia Canario-Americana, que tuvo lugar en Las Palmas de Gran Canaria en 1977 [27], habla del contacto que había tenido en su infancia Pedro de Be-

[26] E. Serra Ráfols, *Las datas de Tenerife*, núm. 278.

[27] Ana María Ruiz de Villarías, *El Venerable Pedro de Betancur, intentos de fundación en La Laguna; siglo XVIII*, en «II Coloquio de Historia Canario-Americana», ed. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1979, pág. 136.

tancur con el minorita fray Luis de San José, en el siglo Luis Melián de Betancurt, quien, como procurador de la Orden franciscana, «pasó a España en 1636, haciendo escala en Tenerife».

En dicho año 1636, Pedro de Betancur sólo tenía diez años de edad, razón por la que pensamos que no pudo ser decisiva la influencia que en él ejerciera fray Luis de San José, a quien no pudo conocer en Guatemala, ya que éste murió en el 1642, nueve años antes de la llegada de Pedro de Betancur a Santiago de los Caballeros de Guatemala, según afirma Ruméu de Armas.

Otro Melián de Betancurt, fray Pedro, franciscano, lector jubilado, calificador del Santo Oficio, examinador sinodal del obispado de Guatemala y definidor de aquella provincia franciscana, predicaría el día de los Santos Inocentes del 1722 un sermón exaltando las virtudes del Hermano Pedro, en el que basa las noticias biográficas del recién beatificado en la obra del doctor don Francisco Antonio de Montalvo, quien a su vez se inspiró en el primer biógrafo del nuevo beato, padre Manuel Lobo [28].

Un retrato del beato Pedro de Betancur

No pretendemos, ni podríamos pretenderlo, hacer un estudio de la iconografía del beato Pedro de Betancur; nos vamos a limitar a referirnos a un óleo que reproduce su imagen y que en Guatemala, según nos ha informado amablemente don Mario Gilberto González, subdirector de la Biblioteca Nacional de aquel país, a quien debemos la fotografía del mismo que reproducimos, se considera el más antiguo y más ajustado a como fuera en vida el Hermano Pedro.

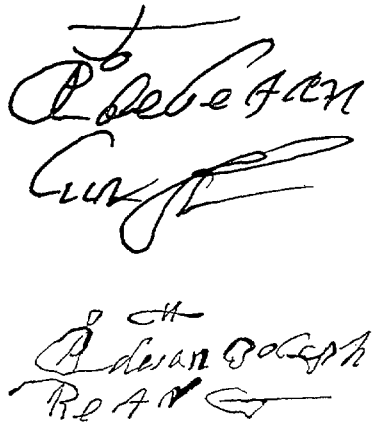
Se conserva en el templo de San Francisco el Grande de Antigua Guatemala y se le atribuye al conocido pintor guatemalteco Tomás de Merlo.

Veamos lo que dicen los primeros biógrafos del beato Pedro de San José. El P. Francisco Vázquez de Herrera, en su obra *Testimonio de la vida de nuestro Vble. Hermano Pedro de San*

[28] ***Mística escala de Jacob la religión Bethlemitica y en el Patriarca, su V. fundador el Hermano Pedro de San Joseph Vetancurt...***, impreso en Guatemala, 1723, 24 folios.

Joseph, impresa en Sevilla el 1673, dice: «Tenía la cara de hábil, el rostro aguileño, frente espaciosa, nariz afilada, barba aguda, ojos modestamente alegres, pelo castaño y rubio en la barba», y el P. Francisco Antonio de Montalvo, en la que tituló *Vida admirable y muerte preciosa del Vble. Hermano Pedro de San Joseph Betancurt,* que se imprimió en Roma diez años después, en el 1683, y que, repetimos, está inspirada en la del P. Lobo, lo describe con estas palabras: «era de estatura mediana, quebrada la color, negro y abundante el cabello, ojos obscuros y mirar perdido en las alturas, la boca grande y la expresión bondadosa».

Observamos cómo dos autores tan cercanos a la fecha en que murió el Hermano Pedro (1667) difieren en algún punto, como en el del color de su pelo.



Firmas del Beato Pedro de Betancur; la segunda, en su testamento. (Amabilidad de don Raúl Fraga; dibujo de don Isidro González.)

Por otra parte, el citado don Mario Gilberto González nos dice: «El Hermano Pedro ingresó en la Tercera Orden de Penitencia, donde vestían hábito encubierto y hábito descubierto. El Hermano Pedro optó por el hábito descubierto que, de conformidad con Vázquez, García de la Concepción y los testigos que

Oleo representando al beato Pedro, existente en San Francisco el Grande de Antigua Guatemala

San Amaro, anónimo tinerfeño del XVII, iglesia de Nuestra Señora del Rosario. (Foto Rafael Delgado.)

depusieron en el proceso informativo, tiene la siguiente descripción: «Su hábito penitencial de Tercero descubierto era un saco de sayal tosco» que le llegaba a la rodilla. De esta misma tela eran las medias. Los zapatos de madera rústica, aunque las más de las veces andaba descalzo y sin cubrirse la cabeza, importándole poco la lluvia. Contra el frío se ponía una capa del mismo material grueso y tosco. En sí era un traje pobre, porque el «paño burdo con las circunstancias de viejo y raído —lo manifestaban sus roturas— suplía con remiendos el recurso que pudiera tener otro menos maltrato y nuevo».

«El cordón franciscano que ceñía su cintura era tan grueso que más pudiera servir para sujetar una carga.»

«Del cuello le pendía un Cristo de bronce vaciado... la imagen no es muy perfecta...»

«Un pequeño análisis de la descripción con el cuadro puede dar lugar a hallar muchos puntos de identificación. El traje hasta la rodilla, las medias del mismo material que el traje, por eso se ven gruesas las piernas, y no son botas. La capa que cubre la espalda. La mano derecha sostiene un bordón, que aún se conserva entre las pertenencias del Beato Hermano Pedro; la mano izquierda sostiene un platillo con monedas que ha recogido de limosnas y aprieta con su brazo un sombrero que jamás usó en la cabeza, sino que dentro llevaba una imagen pequeña de Jesús Nazareno. En la parte superior tiene a los Volcanes de Agua, Fuego y Acadenango; en la parte, baja, la nuevo iglesia del Calvario que fue su santuario de oraciones y éxtasis.»

El señor González sigue diciendo: «Se atribuye a un contemporáneo suyo, Tomás de Merlo, que fue quien pintó varios cuadros de la Pasión de Jesucristo con destino a la iglesia del Calvario. Los otros retratos que hay lo visten con hábito talar de francisco de la Primera Orden y el Hermano Pedro no fue sacerdote y sí Terciario Francisco, que era el traje o hábito que en ese entonces vestían los terceros que vivían en el santuario del Calvario.»

Los argumentos que expone el Subdirector de la Biblioteca Nacional de Guatemala convencen en cuanto a la propiedad en la representación del Beato y en que su autor lo pintó en Gua-

temala; ahora bien, vamos a analizar lo que nos es posible por lo que hace al supuesto autor de este óleo.

Tomás de Merlo, el pintor de la serie de la Pasión, de los que se conservan varios en el Museo de Guatemala, nació hacia el 1695, por lo que realmente no fue contemporáneo del Beato Pedro. En cambio, su padre, Tomás de la Vega Merlo, que también fue pintor, declaró como testigo en el proceso de beatificación de Pedro de Betancur, en el que manifestó que «conocía al Hermano Pedro por haber aprendido a leer en su Escuela, tratándolo desde la edad de tres años hasta la de siete años, o sea, hasta 1667, año en que murió el Siervo de Dios».

De Tomás de la Vega Merlo no se conserva obra alguna que permita llegar a la certeza de que salió de su pincel y, por consiguiente, tampoco compararla con la del nuevo beato, que no aparece firmada y sólo tiene una inscripción, en el ángulo inferior derecho, que asegura se trata de su «verdadero retrato».

Tomás de la Vega Merlo falleció el 26 de abril de 1748 y por el estilo del retrato del Hermano Pedro pudiera pensarse en su paternidad, más probable que la de su hijo. Ahora bien, se trata de meras conjeturas y hoy por hoy, si bien parece que debe estimarse como el retrato que más puede acercarse a como fue en vida el beato, hay que considerarlo obra anónima [29].

[29] Sobre los pintores Tomás de la Vega Merlo y su hijo Tomás de Merlo, HEINRICH BERLIN, *El pintor Tomás de Merlo*, en la revista «Antropología e Historia de Guatemala», enero de 1953, págs. 53-60, con reproducción de alguna de las obras del hijo. El autor rechaza la atribución al también pintor de Guatemala Antonio de Montúfar de otro supuesto retrato del Hermano Pedro, hoy en el Museo de Guatemala, que publicó DOMINGO JUARROS en su *Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala*, 1936, tomo II, pág. 179, en la que figura la firma de Montúfar, la que DIEGO ANGULO IÑÍGUEZ estima apócrifa, en *Historia del Arte Hispano Americano*, Barcelona, 1950, tomo II, pág. 442.